

ANTONIO FILLOL, PINTOR DE VALENCIA

Provinciano y levantino; humilde por su nacimiento y famoso por sus pinceles; alumno, y después catedrático, de la Escuela Superior de Bellas Artes de San Carlos y profesor de la de Artes y Oficios; discípulo de Ignacio Pinazo y seguidor de Joaquín Sorolla. Le atrajo irresistiblemente ese sol sorollista, pleno, ardiente, interpretado con valentía, arena que quema, que nos achicharra la vista, como se achicharra la planta de los pies cuando se camina sobre ella. A Fillol le impresiona el impresionismo luminista de Sorolla, como les sucede a Peris Brell y a Stolz, aunque cada uno lo interpreta de manera diferente, cada cual de acuerdo con su temperamento.

Perteneció Antonio Fillol Granell a una generación de ideas rebeldes. Había nacido el 3 de enero de 1870, en el típico barrio del Carmen, donde se agrupaban las viviendas artesanas, y nacieron y vivieron tantos artistas, entre ellos, el ya citado Peris Brell, ese espléndido pintor olvidado, del impresionismo español. Formó parte de una juventud romántica y bohemia, desenfadada y revolucionaria, intransigente y violenta, para la que Blasco Ibáñez escribía *El Pueblo* y Rodrigo Soriano *El Liberal*, periódicos rivales que enfrentaban dos grupos ideológicos que, cuando Soriano era solamente el protegido de Blasco, tenían una ideología común...

Por entonces empezaban a sustituirse los tranvías de caballos por los eléctricos, enarenando las vías, para evitar resbalones y atropellos, mitigando así el pánico que despertó el de un niño en la calle de la Sangre, por el mismo tranvía del que pretendió colgarse el pequeño, lo cual provocó una crisis ciudadana.

Valencia vibraba con cada acontecimiento: la instalación de luz eléctrica en el escaparate de una de las tiendas de la calle de San Vicente conmocionó la ciudad.

En la calle de Santo Tomás, en el corazón del barrio del Carmen, tenía el padre del pintor un modestísimo taller de zapatería, y allí, el joven Antonio trabajó como aprendiz, dedicando a la pintura todo el tiempo que podía recortar a su aprendizaje de zapatero.

Sus primeros cuadros los expuso —como tantos otros pintores principiantes lo habían hecho y como otros tantos lo harían después— en los escaparates de los comercios de las calles de Zaragoza y San Vicente, las dos arterias ciudadanas verdaderamente

importantes en la Valencia de Sorolla, de Blasco y de Fillol.

El ambiente de la época y la personalidad de Vicente Blasco Ibáñez influyeron en él. Al autor de *La vuelta al mundo de un novelista* lo pintó con su rayada camiseta de marinero y su pipa, entre los cañaverales de la casa que Blasco tenía en la Malvarrosa, que nadie ha sabido describirla con la minuciosidad que don José María Meliá *Pigmalión*; claro que nadie podía hacerlo como él, porque pocos la frecuentaron y convivieron en ella tan familiarmente como le fue permitido a *Pigmalión*, ya entonces enamorado del firmamento, a quien Vicente Blasco Ibáñez distinguía de manera muy particular, porque le infundía respeto aquel muchacho, casi un niño, que tanto sabía de las estrellas. Fue Fillol el primer ilustrador de *La Barraca*.

Blasco, a quien por su cabello negro, tan rizado, en su barrio le llamaban *el Rullet*, dijo de él: «Nos hace pensar ante sus cuadros, llenos de asunto. Es un artista de gran temperamento.»

Los cuadros de Fillol tienen argumento; por eso recrean y entretienen. Son cuadros con auténtica trama, con «garra», como diríamos con lenguaje de hoy.

Perteneció Antonio Fillol Granell a la Real y distinguida Orden de Isabel la Católica y fue presidente del Círculo de Bellas Artes de Valencia, después de haberse separado de él durante algún tiempo.

En el Círculo de Bellas Artes militaban Fillol, Stolz, Peris Brell, Cortés, Muñoz Degraín, Rafael Domenech y otros muchos. Pero, tras unas elecciones muy discutidas, violentas en su proceso y bruscas en su final, abandona Fillol el Círculo de Bellas Artes, y con él, Stolz, Cortés, Peris Brell, Cuñat y pocos más. Es entonces cuando, descontentos, fundan otro círculo artístico, Arte y Letras. El pontífice máximo del Círculo de Bellas Artes era Pinazo; el de Arte y Letras, Sorolla. Lo curioso es que ni Pinazo ni Sorolla tomaron parte activa ni pasiva en estas escaramuzas de sus compañeros y discípulos.

Cuando, calmados los ímpetus, desaparece Arte y Letras y los dos grupos artísticos se funden en uno solo, en el siempre pujante Círculo de Bellas Artes, Fillol es nombrado su presidente.

Rigiendo la entidad Fillol, se celebró, por vez primera en la ajetreada historia del Círculo de Bellas Artes, el famoso «Zoco», cuya idea fue alum-

brada, alimentada e impulsada por don Julio Peris Brell, tan amigo de bromas y chanzas.

Fillol es pintor de atrevidas ideas y de los más elocuentes cuadros de costumbres populares, de escenas de la huerta y de la región valenciana. Su pintura, que empieza siendo ideológica, y que así se mantiene a lo largo de toda su obra, tiene, sin embargo, un segundo momento, en que a la idea

contrar la inspiración y la técnica que presentía llevar dentro. Fruto de estudio, de mucho ensayo, de concentrada meditación, es su cuadro titulado *La bestia humana*, que en otra exposición, celebrada en Madrid, fue galardonado con una segunda medalla. Este cuadro de Fillol, su autorretrato, y el titulado *Los amigos de Jesús*, con el que alcanzó la primera medalla en la Exposición Nacional de 1901,



Fillol: «La gloria del pueblo». Museo de Bellas Artes de Valencia

se le superpone el sentimiento y, entonces, surge de su paleta una pintura valenciana, valencianísima y rotunda. El colorido de sus cuadros es vivo, soleado, cálido, como es norma en los pintores de su momento, para quienes el negro no existe.

Fillol, pintor de temperamento, de chambergo y de chalina, independiente, atrevido en sus ideas, valiente y decidido en su pintura, sabía elegir el asunto de sus cuadros y captar el alma del momento que fotografiaban sus pinceles.

A finales del siglo pasado consiguió Antonio Fillol sus primeros triunfos, al ser galardonado en la Exposición de Barcelona, en 1888, su cuadro *Un bautizo a principios del siglo XIX*, con el que triunfó plenamente, obteniendo un premio de quinientas pesetas en metálico. Animado por ello, se presentó a la Exposición Nacional de 1895, con su cuadro *La gloria del pueblo*, obteniendo la segunda medalla, lienzo que, posteriormente, adquirido por el Estado, fue expuesto en el Museo Nacional de Arte Moderno.

Transcurrieron dos años de esfuerzo penoso para el artista, que buceaba dentro de sí mismo para en-

tonces adquiridos por el Museo Nacional de Arte Moderno.

La bestia humana es un lienzo genial y polémico a la vez, sobre el que la crítica contemporánea no se puso de acuerdo y que, por el atrevimiento del tema, fue calificado, por una gran mayoría, de altamente inmoral. Sin embargo, *La bestia humana* fue ensalzado por Pérez Galdós, que diría: «He descubierto en el pintor valenciano Antonio Fillol un alma de artista. Este es el mejor elogio que puedo hacer de él.» Y también fue muy celebrado por Jacinto Octavio Picón, que asegura entonces: «Pocos pintores han sido tan psicólogos como Fillol. Sus pinceles han plasmado los sufrimientos y miserias humanas como nadie supo hacerlo.»

También salieron en defensa de nuestro pintor, cuando el alboroto promovido por *La bestia humana*, periodistas de la talla de Mariano de Cavia, escritores de la categoría de Joaquín Dicenta, personalidad de la enjundia de Francisco Alcántara, que dijo: «Artista de poderosa inteligencia, capaz de someter al imperio de la idea, color y factura. Algunos de sus cuadros descubren, con el pensamiento

bien logrado, la íntima inquietud de su temperamento artístico, verdaderamente excepcional.»

Más rotunda sería la postura de José Blanco Corts, que afirmó: «Fillol es un enamorado de la lucha; es un artista de fibra dramática con éxito, que nos hizo ver con *La bestia humana* que el arte podía caminar libremente por cualquier senda y no concretarse a patrones y moldes determinados. Fillol es un pintor consagrado hace tiempo; su pintura es sana, es hermosa, y su intención, digna de encomio.»

A pesar de que la mayoría de los críticos adujeron que *La bestia humana* resultaba educativa, o al menos que ésta había sido la intención de su creador, y de que el jurado, después de varias discusiones, le concedió la segunda medalla en esa Exposición de 1897, fue sancionado el pintor a no recibir el premio en metálico. Es curioso este castigo: se le conceden honores, pero no premio material. Y para confundirnos más, el cuadro fue adquirido, a propuesta de la Real Academia de San Fernando, para el Museo Nacional de Arte Moderno, dando su consentimiento para la compra el ministro de Instrucción Pública, que lo era en aquel entonces don Antonio Barroso.

No tuvo el mismo final feliz la polémica susci-



Fillol: «La comare de Foyos»



Fillol: «Lo ferrer de Tibí»

tada entre los miembros del jurado de la Exposición celebrada en Madrid en 1906, a la que presentó Fillol su obra *El sátiro*. Fueron tan violentas las discusiones que se dictó una Real Orden rechazando el cuadro porque «el asunto —decía textualmente— ofende a la decencia y al decoro públicos».

La crítica era contraria al jurado, y unánimemente protestó por la decisión del Ministerio de Instrucción Pública, asegurando que se trataba de un tema atrevido, pero tratado prudentemente.

Los éxitos alcanzados por el pintor valenciano se extendieron más allá de nuestras fronteras, consiguiendo destacar tan notablemente en la Exposición Internacional de Chicago, con su lienzo *La ropavejera*, que se le concedió la medalla de oro. Este cuadro no regresó ya a España: fue adquirido por el doctor Max Thovek, un norteamericano amante del buen arte, que diría: «Retengo el cuadro *La ropavejera*, del pintor español Mr. Antonio Fillol, adquirido en la Exposición Internacional de Chicago. Es obra seria, bien concebida y vigorosa; su contemplación logra atraerme porque descubro calidades dignas de un gran pincel.»

En la Exposición Internacional de la República Argentina, fue adquirido su lienzo *Almas vírgenes*. Y *El tío Tanacha* y un extraordinario desnudo femenino, titulado *Flor deshecha*, fueron vendidos en Nueva York, después de haber estado expuestos y ser muy elogiados por los visitantes.

Obtuvo Fillol, en 1900, una tercera medalla en la Exposición Universal de París, con su cuadro *Siega de Arroz en la Albufera de Valencia*.

En Francia es muy conocida la obra pictórica de nuestro ilustre paisano porque, durante la Exposición de Arte Español que se celebró a primeros de siglo en París y en Burdeos, fue vendido su cuadro *La creu de maig* y, poco después, le fue encargada la decoración del conocido hotel Majestic de Burdeos, pintando para él dos extraordinarios plafones, titulados *La danza de las rosas* y *Nocturno*. Pero nada mejor que las palabras que, a la muerte del pintor, escribió, para el catálogo de una exposición póstuma que organizó el Círculo de Bellas Artes de Valencia, Mr. Alfred Duprat, para conocer estos hechos: «Tengo la pretensión de haber destacado en esta gran ciudad de mi residencia —Bordeaux— la obra artística de un insigne pintor español: monsieur Antonio Fillol. Su lienzo *La cruz de Mayo*, que forma parte de mi colección, constituye deleite magnífico para gentes capaces de sentir una emoción espiritual, y su colección de *paneaux*, en el hotel Majestic, es otra muestra gallarda de un pincel luminoso, rico e inspirado.»

También Mme. Legendre le encargó, para su casa-palacio, un gran lienzo, que el pintor tituló *Primavera de amor*.

A las islas Canarias llegó noticia del peculiar estilo de Fillol, y el Casino Literario de Las Palmas de Gran Canaria adquirió cuatro gigantescos lienzos suyos, titulados: *Noche de luna*, *La danza*, *Canto de amor* y *El arlequín burlado*.

Se reveló Fillol como pintor religioso con su obra *La Patrona de Valencia*, que perteneció al popular cardenal Benlloch, tan entrañablemente querido por sus paisanos y que decía del cuadro: «Lo tengo puesto el cuadro en el lugar más visible de mi palacio, y me presta ocasión todos los días y a todas horas para que, admirándolo, me haga la ilusión de que estoy en íntima *charreta* con su autor, mi querido e ilustre amigo Fillol. Así, pues, todos los días nos vemos y nos hablamos.» Sobre este cuadro y la obra religiosa de Fillol, diría otro pintor, valenciano de nacimiento y malagueño por residencia y matrimonio, Muñoz Degraín: «He tenido el placer de repasar con detención el hermoso libro que el director de *Las Provincias*, don Teodoro Llorente, dedicó a la Virgen de los Desamparados, donde hay tres trabajos del ilustre Fillol que considero, como todo lo del admirado amigo, lo más inspirado del mencionado libro. Sobre todo la Coronación de la Virgen y la reproducción del cuadro del cardenal Benlloch.» Este cuadro está hoy en la nueva parroquia de San Andrés, calle de Colón.

Para el casino de Liria pintó Fillol trece plafones, lo que nos descubre, entre otras cosas mucho más importantes, que ni Fillol ni los directivos de la entidad eran supersticiosos.

Para el desaparecido Gran Teatro de Valencia,

que se encontraba en la hoy avenida del Marqués de Sotelo, donde actualmente existe un cine, pintó tres grandes lienzos: *La Musa dramática*, *La Música* y *La Poesía*.

En el retrato destacó notablemente y fueron muchos los valencianos ilustres y las familias distinguidas que quisieron ser immortalizados por él. Realizó espléndidos retratos de don Juan Navarro Reverter, de los señores de Campos, de los hijos del señor Bacharach y de los de Gil Perotín, destacando los de la señora Thompson y su hija Poli. Y el de Rodrigo Soriano.

Miguel Durán y Tortajada escribió, hace casi cincuenta años: «Aspecto muy interesante de la actual juventud valenciana es la de los artistas que llegan a fundirse en el alma de nuestro pueblo, de tal manera que la forma de expresión de la pintura queda, a mis ojos, en segundo término, tomando un relieve principal, y a veces único, el espíritu que el artista le ha infundido, la psicología, el alma de la obra de arte. Así me parece Antonio Fillol, psicólogo, pintor de tipos y costumbres de nuestra tierra.»

En la variada producción de Fillol destaca el aspecto anecdótico y folklorista de gran número de sus lienzos de inspiración popular, saturados de valencianía, donde cobran vida tipos y costumbres, tan fielmente copiados y con tanto cariño tratados, que descubrimos en ellos afán de historiador y sentimientos de poeta. Destacan: *La comare de Foyos*, *La delicà de Gandía*, *Peix d'ara viu*, *Pépica la Crespa*, *A la festa de les fadrines*, *Lo ferrer de Tibi*, *El dolsainer Perretes*, *La novia*, extraordinaria pintura que se conserva en el Ayuntamiento de Valencia, escena plena de valencianía, de naturalidad, arrancada de cualquier rincón nuestro; *El guanyador de la joia*, *La clavarieta*, *Plat de glòria*, *Recuerdo de Castelnovo*, el pueblecillo lindando con Segorbe donde Fillol disfrutaba pintando, junto a su esposa y su única hija, Magdalena, numerosos paisajes, entre otros, el de *La Cueva Santa*.

Una frase frecuente de Fillol, al hablar de la técnica de la pintura, era: «El cuadro está en lo que no está pintado.» Por eso, quizás, sus pinceladas eran suaves, acariciantes, que insinuaban más que decían, para que el contemplador se identificase más con el alma del cuadro, completando lo que el pintor había sentido y, voluntariamente, había querido expresar a medias.

En el estilo de Antonio Fillol hay un primer momento en que su inspiración le es extraña, le viene de fuera, influye en él lo que captan sus ojos, lo que llega a sus oídos, lo que paladean sus labios y lo que roza su piel. En el segundo momento de su pintura, más auténticamente suya, es él quien se proyecta en el cuadro, y todo lo que ha ido mordiéndole el corazón y dejándole en él cicatrices, lo retrata amorosamente. Así *La creu de maig*, *La procesó*, *La traca* y ese extraordinario *Mister May*,

el alemán afincado en Valencia, de ropa raída y modales exquisitos, que asistía a todas las procesiones y a la adoración del Cristo yacente, el Viernes Santo, en la catedral, colocándose, invariablemente, con un fino pañuelo en la mano, junto a los pies de Cristo, para enjugarlos cada vez que los fieles los

La gloria del pueblo, que alcanzó una medalla en 1895 según se ha dicho y gozó siempre de popularidad, por lo anecdótico de su tema y lo cuidado de su factura, son propiedad, entre otras obras suyas, del Museo de Bellas Artes de Valencia.

También son de este momento sus personajes de



Fillol: «La novia». Ayuntamiento de Valencia

rozaban con los labios. Mister May inventó el tablero de ajedrez para seis jugadores, y lo puso a la venta en el bazar Colón, pero no tuvo éxito. Era el alemán un personaje popular, decorativo, en la Valencia de la época, que no despertaba a su paso la burla, sino que movía al saludo, que formaba parte de la gran familia ciudadana, que se había acostumbrado a él. Este cuadro de *Mister May* y el titulado

la procesión del Corpus, *L'agüelo del colomet*, como los valencianos llaman al falso anciano de blanca peluca que representa a Noé en la procesión; *Los cirialots*, con sus largas barbas y pesados cirios, etc.

Un bonito lienzo suyo, *Adoración de los Reyes Magos*, es propiedad del colegio de San José de Valencia.

Faceta poco conocida de Fillol es la de su afi-

ción y sus cualidades para la escultura, a la que se dedicó en contadas ocasiones, pero logrando obras de calidad. Salió de su cincel, movido con la misma maestría que sus pinceles, el panteón de la familia Pastor, que se encuentra en el cementerio de Valencia.

Norteamérica guarda con cariño muchas de sus obras; Sudamérica adquirió para sus museos varios de sus lienzos. En Burdeos se conservan sus cuadros y sus plafones. Es curioso que casi no salió de Valencia, donde nació en 1870, y de Castelnovo, donde murió en 1930, y tenía contacto con los personajes más destacados de la vida nacional y extranjera. Entre sus papeles se encontraron, después de su fallecimiento, cartas autógrafas de Galdós, Pablo Casals, Enrique Granados, Manuel Machado, Valle Inclán, Jacinto Benavente, Joaquín Dicenta, Benlliure, Sorolla, Pinazo, Teodoro Llorente, Blasco Ibáñez, etc.

A su muerte quedó sin terminar un lienzo de gran tamaño, que pretendía ser titulado *Moros y cristianos*, y otros dos más pequeños, apenas esbozados.

Su hija Magdalena, fallecido ya el pintor, regaló una de sus obras más típicas al Ayuntamiento de Valencia y dos al Museo de Bellas Artes de San Carlos.

El presidente de la Asociación de la Prensa, que lo era a la muerte del pintor el señor Jiménez, en nombre de un gran número de periodistas valencianos, pidió al Ayuntamiento que la calle que éste pensaba dedicar al pintor Fillol fuese, precisamente, la calle Baja, donde, en la esquina con la del Portal de Valldigna, tuvo su estudio Antonio Fillol Grannell, nació su hija única, Magdalena, y durante muchos años vivió allí, con sus padres, el genial pintor. En la actualidad lleva el nombre del Pintor Fillol

la calle que une la plaza del Carmen con la del Arbol, y en ella la comisión de la falla de esta última plaza ha colocado una placa con la figura del pintor.

El Círculo de Bellas Artes organizó en su honor una exposición póstuma de sus obras del 1 al 15 de diciembre de 1930, año de su fallecimiento.

Las veintiséis obras expuestas fueron: *La novia*, *La clavariesa*, *El guanyaor de la joia*, *Míster May*, *Pepica la Crespa*, *El motín*, *La comare de Foyos*, *La delicà de Gandia*, *El ferrer de Tibi*, *Plat de glòria*, *El dolsainer Perretes*, *Pepito Rosell*, *Apòtol de procesó*: *Sen Pere*, *Apòtol de procesó*: *Sen Pau*, *Amparico*, *Fadrina en la festa major*, *De San Miguel de Liria*, *El tío Juan el Sereno*, *El maestro Serrano*, *Vicentica*, *Paisaje de la Cueva Santa*, *La cruz de la Cueva Santa*, *El mayoral*, *La semilla* y *¡Als ous... ous!*

En 1970, al cumplirse el centenario de su nacimiento, para honrar su recuerdo y rememorar su obra, hemos buceado en ella y, al contemplarla tan llena de honradez, de sinceridad y de ideas, unas veces; plena de inquietudes espirituales, otras; fácil colorista —casi *fauve* a veces, centelleante de irisados tonos—, con un pincel elocuente, que escribe más que pinta, que no se rige por la retórica, que capta trozos de vida de la huerta y, con lenguaje hecho de luz, narra la vida del pueblo, hemos llegado a la conclusión de que Antonio Fillol es quizás, en pintura, algo de lo que Blasco Ibáñez en la novela, y por eso podría titularse mi trabajo «Antonio Fillol, el Blasco Ibáñez de la pintura», o por su fidelidad a la temática regional y a su estética franca, brillante y expresiva, «Antonio Fillol, pintor de Valencia».

M.^a FRANCISCA OLMEDO DE CERDA